

vigorosa salida, se abrió paso por entre el ejército sitiador, y se retiró hacia Córdoba. Huyendo después de esta ciudad, se fortificó en el castillo de Oset, donde resolvió esperar á pie firme al enemigo y darle la batalla con todas sus fuerzas. Escogiendo con esta idea trescientos de sus más valerosos soldados, los puso delante del castillo, y colocó el grueso del ejército en observación, para atacar á un mismo tiempo por frente y espaldas á sus contrarios. Empero todo fue inútil: Leovigildo habiendo descubierto el plan de su hijo no le dió lugar de ponerlo en ejecución: se arrojó desesperadamente sobre la fortaleza, destruyó á los trescientos armados, la puso fuego y la abandonó á las llamas.

Perdido ya y sin recursos, se refugió Ermenegildo á una iglesia vecina, desde donde envió un parlamentario á su padre, confiando que podría aplacar su ira y ajustar la paz. Ordenó entonces Leovigildo á Recaredo su segundo hijo que fuese á buscarle, con la facultad de prometerle con juramento que olvidaría todo lo pasado siempre que se humillase. Manifestóse dispuesto á practicarle todo; salió de la iglesia, se postró á los pies de su padre y le pidió el perdón. El Rey le recibió con las mayores demostraciones de amor y ternura, lo besó, y lo estrechó en su seno; mas de allí á poco lo mandó prender y lo llevó consigo á donde estaban acampadas sus tropas. Allí contra la fe de la promesa y contra la religión del juramento le despojó de las insignias reales, ordenó que le condujesen en su seguimiento en traje muy vil hasta Toledo, y de allí cargado de cadenas lo envió preso á Valencia. El sabio autor de la historia crítica de España supone que esto solo fue un destierro, y que el Príncipe volvió á fortificarse y aun á estender sus do-

minios mas allá de Andalucía por la Estremadura; y por último que su padre renovando la guerra, le arrojó de Mérida, le persiguió hasta el reino de Valencia y le puso en prisiones en Tarragona. Como quiera que esto fuese, lo que consta por el abad de Biclara, autor contemporáneo y digno de toda fe, es, que en esta última ciudad padeció Ermenegildo la prisión y el martirio; ora sea que le trasladasen allí desde Valencia después de la derrota de Sevilla y viage de Toledo, como supone Be-rault, ora que le aprisionasen en la misma Tarragona después de la segunda campaña (1).

NÚMERO VII.

Martirio de San Ermenegildo.

La causa del duro tratamiento que dió Leovigildo á su hijo, no tanto fue el deseo de vengar los anteriores agravios, cuanto el verle constante é inflexible en la profesión de la fe católica. Tal vez se imaginó el pérfido padre, que teniendo en su poder, fácilmente le induciria á hacer su voluntad, y le haria abrazar de nuevo la religión dominante de los godos. Aplicóse, pues, á tentarle con el alicitivo de los premios, y con el terror de las amenazas (2). Mas el generoso Príncipe con invencible constancia protestó una y muchas veces, que en ningún modo podia abandonar la verdadera fe con que habia sido sobrenaturalmente ilustrado; por lo que enfurecido hasta el extremo el bárbaro padre, le declaró privado para siempre del reino,

(1) *Joann. Biclari. Chron. pag. 390. = Masdeu hist. critic. de Esp. tom. 10. pag. 138.* (2) *Gregor. M. lib. 3. Dialog. cap. 31.*

confiscó todos sus bienes, y ordenó á sus satélites que le atasen las manos y cargasen el cuello con pesadas cadenas. En medio de la horrenda obscuridad de la cárcel, quedó lleno el espíritu del santo confesor de una nueva luz, y principiando á despreciar el reino de la tierra y á buscar el celestial con mas fuerte deseo, ocultaba bajo las cadenas un áspero cilicio, añadía á esta mortificacion el ayuno, las vigiliass y otras muchas prácticas de verdadera piedad, y de continuo suplicaba al Dios Omnipotente que le asistiese y confortase con su gracia. De este modo perseveró preparándose al martirio, hasta la Pascua del año 586 segun la opinion comun.

Llegada esta solemnidad, envió el bárbaro padre un obispo arriano á su piadoso hijo, para que le indujese á recibir de sus manos la comunión sacrílega, y se hiciese así merecedor de volver á su gracia. El hombre de Dios, santamente indignado, reprendió la maldad del obispo herege y le arrojó de su presencia; porque aunque atado exteriormente, no se hallaba aprisionada la verdad en su pecho, y se conservaba su fe en plena libertad. Vuelto el arriano á Leovigildo le refirió el hecho, y encolerizóse de tal modo, que bramando de rabia mandó que sin dilacion le quitasen la vida en la misma cárcel. Cumplióse luego este inicuo precepto. Entrando los asesinos en la prision, uno de ellos llamado Sisberto le partió de un hachazo la cabeza, y luego se la cortó, arrancando así con bárbara crueldad la vida al santo Príncipe, de la que él mismo habia hecho ya un holocausto al Señor. No faltaron sobrenaturales milagros que manifestasen la gloria del Rey mártir: en medio del silencio de la noche se oyó un canto celestial en torno de la cárcel, y vieron tambien resplandecer sobre ella lámparas encendidas: por

lo que los católicos principiaron á tributar, como era justo, á aquellas santas reliquias la debida veneracion. La cárcel fue convertida algun tiempo despues en iglesia, y consagrada á Dios con la advocacion del santo. No se sabe dónde esté al presente su cuerpo, y ni aun está bastantemente averiguado el lugar en que le sepultaron; pero sí es cierta la gran devocion que desde entonces le profesaron los españoles, la que subió de punto quando el Papa Sisto V puso el nombre de San Ermenegildo en el calendario romano y espidió el decreto de su fiesta, que celebran las iglesias de España en unas provincias á 13 y en otras á 14 de Abril.

Comunmente asignan los historiadores la gloriosa muerte del santo mártir al año 586, en que cayó el sábado santo á 13 de Abril y la fiesta de la Resurreccion á 14, en cuya noche suponen que se presentó en la prision el obispo arriano, volvió á verse con Leovigildo, y este mandó al verdugo que le quitase la vida. Sin embargo, observa con mucha razon el P. M. Florez en el tomo 6 de su España sagrada, que se necesitaban algunos dias para que fuese de Tarragona, donde estaba la prision, á Toledo, donde residia el Rey, la noticia de que Ermenegildo habia rehusado la comunión del arriano, y se determinase por esta razon su padre á condenarle á muerte. Parece, pues, mas creible, que la Pascua de que se habla en las actas del martirio fue la del año 585, que cayó á 25 de Marzo, y que el martirio se egecutó á 13 de Abril del mismo año, diez y nueve dias despues de la Pascua.

La viuda del Rey mártir estaba entonces con su hijo, á quien unos llaman Amalarico, otros Atanagildo, en poder de los imperiales, que no queriéndola entregar ni á los franceses ni á

los españoles, la dirigieron por mar á Constantinopla. La nave ó por tempestad, ó por enfermedad de Ingunda, ó por otro cualquier motivo tomó puerto en África, donde se quedó y murió la Princesa, segun refiere San Gregorio de Tours, escritor mas antiguo que Pablo diácono que pone su muerte en Sicilia y cuenta el viage con otras circunstancias. El hijo es cierto que llegó á Constantinopla, porque en esto convienen todos, y se conservan cartas de Brunequilda, Reina de Francia, dirigidas á este su nieto, y otras á la corte del Emperador. Los Reyes Childeberto y Gontrano tomaron las armas contra Leovigildo como principal autor de todas las desgracias de Ingunda y Ermenegildo; y no se movió tambien el Rey Chilperico, por la alianza que con sus regalos y dinero comprara de él poco antes el godo. El ejército de Borgoña penetró en las fronteras de la Galla gótica, resuelto á destruir aquella parte del dominio de los godos. Nimes y Carcasona le abrieron las puertas, y marchaba ya en aire de vencedor, cuando Recaredo le atacó con numerosas fuerzas y desbarató todos sus planes, persiguiéndole hasta dentro de sus dominios.

NÚMERO VIII.

Persecucion de Leovigildo contra los católicos.

El furor y fanatismo del Monarca arriano habian llegado ya á sofocar su prudencia, y pervertir su recto juicio. La muerte cruel que mandó dar á su primogénito, no fue mas que un preludio de la sagáz á par que sangrienta persecucion que luego á luego movió contra los católicos. Desterró en ella á muchísimos

obispos, quitó las rentas y privilegios á las iglesias, precisó á muchos con sus terrores á sujetarse contra su voluntad á los dogmas pestíferos de la secta, y engañó tambien á otros sin persecucion con el oro, con las dignidades y con los honores. Llegó su temeridad al extremo de rebautizar á los fieles, y precipitó á este último esceso de apostasía y de maldad, no solo á algunos del pueblo, sino tambien del orden sacerdotal, y entre ellos á Vicente de Zaragoza que postergó su fe y sus virtudes á la gracia y favor del tirano. Los dos santos hermanos Leandro de Sevilla y Fulgencio de Écija experimentaron muy particularmente los efectos de su cólera. Mausona, arzobispo de Mérida, uno de los varones mas señalados de aquel tiempo, sufrió el mismo rigor. Hízole el Rey presentarse en Toledo, y despues de muchas afrentas, vejaciones y tormentos, le envió al destierro, y mandó poner en su lugar á un herege pertináz llamado Sunna. Otros muchos obispos salieron igualmente desterrados, y sus iglesias se vieron entregadas á los maestros del error. No se contentó la rabia de Leovigildo con privar de sus sillas y bienes á los católicos; dió tambien la muerte á muchos de ellos, haciendo perecer á unos de hambre, á otros con los azotes, y á otros con diversos linages de tormentos.

Es célebre entre otras la confesion de un clérigo que nos describe San Gregorio de Tours en el libro de la gloria de los mártires. Preso y llevado á la presencia del Rey, despues que generosamente confesó la perfecta igualdad de las tres divinas Personas, principió el tirano á tentarle con la oferta de muchos dones para que suprimiese la confesion de la igualdad, y pronunciara que el Hijo y el Espíritu Santo eran menores que el Padre. Mas habiendo rehusado el atleta este consejo, como la

picadura ó veneno mortal de una vívora; prosiguió el Rey: «bien veo la dura pertinacia de tu corazón, pero conozco también lo delicado de tus fuerzas; por lo que si no te han doblado los dones, te vencerán fácilmente los tormentos. Dios quiera, respondió el ministro del Señor, que yo sea digno de perder la vida por esta confesion: tus dones los abomino como estiércol.» Enojado entonces Leovigildo mandó que le colgasen en el aire y le azotasen; y en medio de la cruel tortura le preguntaba: ¿qué crees tú? Ya te he dicho que creo en Dios Padre Omnipotente, y en su Hijo Jesucristo; y perseveró siempre en la misma confesion sin que la crueldad lograra jamás hacerle titubear. Los tres primeros golpes, como decia despues él mismo, le penetraron hasta el alma; pero no sintiendo dolor alguno con los siguientes, cual si un fuerte escudo hubiese cubierto sus espaldas, siguió predicando su fe en alta voz con la mayor confianza y alegría. Finalmente, cansado el Rey de verle atormentar, lo desterró con órden de que no se dejase ver mas en España. Los historiadores antiguos añaden á esta otras muchas confesiones no menos gloriosas, las que pueden verse en el mismo Gregorio de Turon, en el abad de Biclano y en San Isidoro (1).

Sin embargo, quiso Dios amansar la fiereza de Leovigildo, y tornarle á su natural rectitud con la voz de los milagros. Noticioso el Rey del que habia acaecido en un monasterio situado entre Cartagena y Sagunto, cuando despues de haberle saqueado sus satélites y hecho huir á los monges, quedó muerto uno de ellos repentinamente al desenvainar la espada para cortar la ca-

(1) *Greg. Turon. lib. de glor. confessor.—Joann. Biclano. Chron. Isidor. Chron. Gothor.*

beza al santo abad; llamó en secreto á sus obispos arrianos, y les dijo: «¿por qué vosotros no haceis en los pueblos los prodigios que hacen estos que se glorían de ser cristianos? Por cuanto á mí, respondió uno de los hereges, he dado muchas veces vista á los ciegos, oido á los sordos, y puedo tambien hacer al presente iguales milagros.» Llamó despues el arrogante prelado á uno de sus hereges y le dijo: «toma estas cuarenta monedas de oro, y sentándote con los ojos cerrados por donde yo he de pasar en compañía del Rey, grita en alta voz que se te restituya la vista por el mérito de mi fe.» Tomó el infeliz sectario los dineros, é hizo cuanto se le habia ordenado. Al dia siguiente pasando el nuevo Cirila juntamente con el Rey y en medio de una comitiva numerosa de hereges, principió aquel miserable á gritar en alta voz pidiendo que se le restituyese la luz del cuerpo por los méritos de su obispo y por la eficacia de su fe. Detúvose el obispo sin dudar en nada, y con grande presuncion le puso la mano sobre los ojos, diciéndole: *concedate Dios lo que pides segun mi fe.* Hizo efectivamente Dios el milagro, no para autenticar el error, sino para manifestar y confundir la maldad. El fingido ciego perdió realmente la vista, y esperiméntó con tal horror que se le cubrian de tinieblas y cerraban los ojos, que no pudo menos de tributar obsequios á la verdad y manifestar el fraude, lo que sirvió para que Leovigildo disminuyese el furor de la persecucion (1). San Gregorio llamó á aquel obispo nuevo Cirila, porque habia sucedido un caso semejante á Cirila, patriarca de los arrianos de África en tiempo del cruel Hunerico.

(1) *Gregor. Turon. lib. 5. hist. cap. 39.*

Últimas acciones y muerte de Leovigildo.

Habia sucedido en el trono de los suevos Eboríco, hijo del Rey Miro que murió como dijimos en el sitio de Sevilla. Rebelóse contra el nuevo Soberano un pariente suyo llamado Andeca, y le despojó del reino obligándole á recibir las órdenes sagradas y el hábito de monge. Cuando llegó esta noticia á oídos de Leovigildo, que ansiaba siempre ampliar sus dominios y apoderarse de toda España, no perdió la ocasión que se le ofrecía de poder ocupar á Galicia con el pretexto de vengar á Eboríco. En efecto, marchó al frente de sus tropas contra el usurpador, destruyó sus fuerzas, le prendió é impuso el mismo castigo que él habia dado á Eboríco, desterróle á Bejar, y se apoderó de todos los estados de Galicia. Llevaron á cabo los godos esta guerra y conquista en muy poco tiempo, durante el año 587, ó segun otros 586. De esta suerte acabó el reino de los suevos, que por espacio de ciento setenta y cuatro años habia poseido una buena parte de España, con lo cual quedó Leovigildo dueño de toda ella, escepto un corto número de ciudades que obedecian al Emperador.

Mas no gozó mucho tiempo el Príncipe arriano de sus nuevas conquistas, ni del poder de perseguir y atormentar á los católicos. Poco despues de haber llegado á Toledo le sobrevino la enfermedad y la muerte, en la que principió la felicidad de España, y tal vez la del mismo Leovigildo. Dice de él el Papa San Gregorio, que en lo último de su vida conoció la verdad de la fe católica, pero que no tuvo fortaleza para profesarla

por respeto y temor de su gente (1). Sin embargo, no es fácil asignar qué era lo que podia temer en aquella hora, el que supo oprimir á los grandes del reino que acostumbraban hacer frente á los Príncipes, y poner límites á su dominacion, y elevar los derechos de la monarquía, y gobernar sus pueblos con la autoridad y fuerza de un Soberano de todo punto absoluto, San Gregorio de Tours, autor tambien contemporáneo, afirma que Leovigildo se convirtió enteramente á la fe católica, que abjuró é hizo penitencia de sus errores, se manifestó grandemente solícito de que todos sus súbditos abandonasen la secta impía; y que finalmente murió despues de haber llorado por siete dias quanto habia maquinado contra el Señor y contra la Iglesia. Seria muy apreciable tener mas fuertes pruebas para añadir con mayor fundamento á la victoria de Ermenegildo el trofeo de la conversion de su padre. Empero no nos atrevemos á anteponer el testimonio del Turonense al del Pontífice San Gregorio, al silencio de San Isidoro de Sevilla, y del abad de Biclaro, los que no parece verosímil que hubieran omitido un hecho tan memorable cual seria la eficaz y sincera conversion del Rey. Dejando, pues, solamente á Dios el juzgar del corazon de Leovigildo, lo cierto es, que en esta su última enfermedad mandó alzar el destierro á los santos obispos Leandro, Fulgencio, Mausona, y demás espatriados por la fe. Hizo tambien llamar á su hijo Recaredo, y le dijo, que seria mas afortunado el reino que le dejaba si todos sus vasallos recibiesen despues de tanto tiempo la antigua y verdadera Religion. Encargóle que tuviese en lugar de padres á Leandro y á Fulgencio, que siguiese su direccion así en los negocios particulares de su familia como en el gobierno

(1) *Gregor. M. lib. 3. Dialog. cap. 31.*

de la nacion ; y cuando se presentó el santo obispo de Sevilla, le pidió encarecidamente el Rey moribundo que cuidase de Recaredo, y con sus amonestaciones le hiciese imitar á su hermano Ermenegildo, á quien, añadió, *di la muerte sin bastante causa*. Así murió aquel Príncipe verdaderamente grande en todo lo temporal, pero infeliz y de todo punto detestable por su fanatismo é impiedad, y desgraciado sin fin si no fue verdadera su conversion y aceptada su penitencia en el tribunal del Supremo Juez.

NÚMERO X.

Recaredo Rey de España : conversion de los godos á la fe católica.

No fueron vanas las exhortaciones y súplicas que hizo Leovigildo al morir ; ó digamos mas bien , la sangre de Ermenegildo derramada cual fecunda simiente, produjo abundantes y sazonados frutos de fe y de piedad. Las oraciones del santo Rey mártir obtuvieron finalmente de Dios este gran bien para su reino, y el celo de Recaredo y de Leandro vieron en breve tiempo cumplidos sus deseos, y reducida toda la nacion de los godos al catolicismo. Luego que este Príncipe ocupó el trono de su padre, revolvió su pensamiento á dar un nuevo orden á los negocios del estado, y á preparar á sus súbditos á aquella grande mutacion. San Leandro encontró en él la mayor docilidad, y todas las buenas disposiciones que le hacian capaz de imitar á su hermano, y abrir su corazon á la luz de la verdad católica. Así fue que en pocos dias pudo concluir la obra de su particular conversion, como que durante aun el primer año de su reinado profesó

públicamente la fe de la Iglesia universal, y comenzó á tomar sus providencias para que sus vasallos siguiesen su noble egeplo.

Grandes eran los obstáculos que podian retardar la egecucion de tan árdua empresa ; principalmente nacia de dos partes, la una interna, á saber, su madrastra la Reina Gosuinda ; la otra esterna, que era la Francia. La vieja é imperiosa Reina tenia gran séquito en la nacion por haber sido esposa de dos Reyes ; y hallándose obstinadísima en el error estaba pronta á dejarse llevar de su fanático celo por la secta impía, hasta turbar la quietud pública y doméstica, y apagar en sí misma los sentimientos de la naturaleza y de la sangre : por donde no se podia esperar que favoreciese á Recaredo en su santa determinacion. Por parte de la Francia era muy peligroso hacer en el reino tan gran novedad en materia de religion ; porque hallándose en actual guerra con aquella potencia, en el caso que los súbditos hereges se sublevasen se debia sostener una lucha estraña y otra civil. No obstante, el sabio y prudente Rey supo vencer con su discrecion tan grandes impedimentos. Si bien no tenia motivo alguno para amar á Gosuinda, como que habia sido la causa de los disturbios de la familia real, de la guerra civil y de la muerte de su santo hermano, la respetó sin embargo como madre, y la manifestó el aprecio que hacia de su persona valiéndose de sus consejos. Movido de las razones de Gosuinda fue el primero que pidió la paz á la Francia, aunque mantenia la guerra con ardor y felicidad. Remitió á este fin diferentes Embajadores á las dos cortes de Borgoña y de Austrasia (1). Childeberto recibió favorablemente la embajada, agradeció sus dones, y correspondiendo con otros la despidió con buenas pala-

(1) *Gregor. Turon. lib. 9. hist. cap. 1. et seq.*